

CAPÍTULO 1

EL COMIENZO DEL CAMINO

Aquel día en que el cielo era azul y el sol brillaba de forma espléndida, comenzó mi historia.

Estaba dormida en el asiento del copiloto mientras mi madre escuchaba la radio y conducía hacia el que sería nuestro nuevo hogar. Anteriormente había abandonado su pueblo para mudarnos a la ciudad porque quería criarme en otro lugar, pero como se suele decir, todo pajarito vuelve alguna vez a su nido.

Nunca había hablado de aquel sitio; es más, evitaba las conversaciones cuando le preguntaba sobre su infancia. Según ella, era mejor olvidar las cosas del pasado.

Al acostumbrarme a la ciudad, me costó mucho convencerme de que ahora viviríamos en un pueblo pequeño, donde no había centros comerciales, cines, o simplemente sitios de ocio en los que pasar la tarde con los amigos ¡Y no había playa! Uno de los sitios que más me gustaban. No volvería a sentir la brisa marina, el sonido de las olas, la suavidad de la arena...Nada.

Además tenía amigas a las que «abandoné», ya que me marché sin despedirme de ellas, o eso es lo que le dije a mi madre. No me gustaban las despedidas, tampoco hubiese

valido la pena. Mucha gente promete que se volverán a ver, pero nunca lo sabes, ya que puede que cuando vuelvas a ese lugar, la gente haya cambiado o simplemente no se acuerde de ti. Mudarse para mí significa hacer borrón de todas tus amistades y recuerdos, comenzar desde cero. Puede sonar frío, pero lo prefiero así.

Me desperté de un fuerte frenazo. El motor rugió, abrí los ojos asustada y grité. Estuve por un momento sin respiración y mi corazón comenzó a latir rápidamente, como si en cualquier momento fuese a salirse de mi pecho. La reacción de mi madre no fue la misma, comenzó a reírse y a tocar el claxon. Al parecer, un rebaño de ovejas cortaba el paso.

—Me has asustado. —Cerré los ojos aliviada y bostecé—. ¿Falta mucho para llegar?

—No, cielo, enseguida estaremos en casa.

Continuó conduciendo después de que el perro del pastor pasase jugueteando, encendió la radio y tras varias noticias de asesinatos inexplicables, sonó nuestra canción favorita: *I want to break free*. Después de oír cantar a Queen durante bastante tiempo y olvidarnos de los problemas, me sentía más tranquila. Ya no me parecía una locura mudarnos y tampoco le di mucha importancia al hecho de que no hubiese playa. Ya buscaría otras cosas que hacer; por ejemplo, escribir novelas.

—Estoy segura de que te acostumbrarás. Ahora que tu padre no está, tenemos que buscar una vida mucho más cómoda y fácil.

—Papá nunca estuvo, no entiendo este cambio tan repentino.

—La ciudad nos venía muy bien, pero este es nuestro verdadero hogar.

—Mamá, siempre me lo he preguntado. —Hice una breve pausa antes de formular la pregunta—: ¿Cómo era papá?

—Tu padre era la persona más dulce y cariñosa del mundo. Además era un poco curioso. Le encantaban los misterios y siempre estaba buscando el porqué de las cosas.

Sus ojos comenzaron a humedecerse, por lo que finalicé la conversación con una caricia en la mano que sostenía el cambio de marchas. Sé lo duro que era para mamá hablar de eso; ella quería mucho a papá, o eso me decía. Mi madre es una de las personas más fuertes que he conocido.

Me recogí el pelo en una coleta alta y me dispuse de nuevo a dormir. Estaba agotada, llevábamos muchísimas horas de trayecto sin descanso; mi madre quería llegar antes de que anocheciese. Ya estaba aguantando un viaje demasiado largo, como para que encima se le hiciese de noche y se pusiese nerviosa...

—¡Mira! Asómate, Alice, ya hemos llegado. —Bajó las ventanillas sonriente—. Bienvenida a Aashta.

Me desabroché el cinturón y asomé la cabeza. El viento movía mi coleta y una brisa fresca recorría todo mi cuerpo. En el horizonte se podía divisar un gran campo de arroz.

El pueblo se encontraba a una distancia mayor, pero se podía ver claramente el campanario de una hermosa iglesia y en lo alto de una montaña una gran mansión. En ese momento sentí una gran euforia, todos mis antiguos pensamientos negativos sobre ese pueblo se habían desvanecido. Noté cómo una gran ola de preguntas aparecían en mi mente: ¿Alguien guardaría algún secreto?, ¿habría alguna cripta oculta con misterios?, ¿asesinatos sin resolver? Empezaba a entender por qué papá era tan curioso. El aura de Aashta podía transmitirte dos sentimientos: el de paz o su opuesto, el de incertidumbre.

Al adentrarnos en el pueblo, pudimos ver que habíamos llegado hasta la plaza del ayuntamiento, donde habían colocado puestos de mercadillo. Los niños corrían mientras jugaban

con una pelota de colores, las madres hablaban de sus compras, las abuelitas charlaban en la fuente mientras rellenaban sus botellas de agua. Era un sitio bastante tranquilo, y las vacaciones de verano se terminaban. Unas señoras nos saludaron y, por vergüenza, subí la ventanilla.

—La gente de aquí es muy amable con todos. Son como una gran familia —me informó mi madre mientras reía y saludaba.

—Espero acostumbrarme.

Saqué mi bloc de notas y comencé a describir el pueblo, apuntando todos los detalles. Desde nuestra partida, me había propuesto escribir un diario.

—Claro que lo harás. No volveremos más a la ciudad —añadió mientras girábamos en unas cuantas calles y aparecía ante nosotras un edificio de bloques viejo—. Hemos llegado, el camión de la mudanza vino ayer. Todos los muebles están en su sitio.

Abrí la puerta del coche y bajé para poder tomar un poco de aire fresco.

Había llovido, el suelo estaba esponjado y todavía olía a humedad. Habíamos viajado diez horas seguidas sin descanso. Yo había dormido, pero solía marearme en la carretera. Cerré los ojos para que el suelo dejara de moverse en círculos.

No quería que mi madre se preocupase, así que me limité a sonreír y a decir que la culpa de mi mareo era del sol. Ella estaría todavía más cansada, había terminado pronto el turno de noche y, sin dormir, emprendimos el viaje.

El edificio era de ladrillo naranja, no muy grande, de unos tres pisos, sin contar la azotea. Había rastro de moho por todas partes, no parecía que lo limpiasen muy a menudo. Las ventanas eran pequeñas a simple vista; además, estaban protegidas por verjas de color negro que parecían bastante oxidadas. La puerta principal seguro que la copiaron de la de un

hospital. Grande y metálica, rompiendo con la pobre armonía que había en aquel lugar.

Entramos al vestíbulo con todas las maletas y con la piel de gallina.

A la derecha se encontraban todos los buzones, tan viejos y estropeados como el edificio. Leí los nombres en voz alta; aproximadamente seríamos cuatro o cinco familias. A la izquierda se encontraban dos plantas gigantes procedentes de alguna zona tropical, ya que sus hojas eran grandes y frondosas. Entre ellas estaba el ascensor. Pero no tuvimos mucha suerte, estaba averiado y llevamos todas las cajas por las escaleras, aunque tampoco me hubiese atrevido a montar en él, no parecía muy seguro.

—Cuando llegemos haré algo de comer —dijo mamá, mientras subíamos aquellas escalones que crujían a cada paso que dabas.

—No tengo mucha hambre.

—Recuerda que mañana me tienes que acompañar a saludar a los vecinos.

—Es que... —Me miró molesta, lo que hizo que cambiara de opinión—. Está bien, será genial acompañarte a saludar a los vecinos —mentí mientras forzaba una sonrisa.

Siempre vi una estúpida tradición lo de ir a presentarte a los vecinos. ¿De qué te sirve? Me parece correcto que haya una buena relación, pero siempre existe en toda finca un vecino testarudo que lo único que hace es amargarte la existencia y que luego, cuando te mudes, se la amargará al siguiente. Viven para eso, y no cambiarán porque un día le dejaste el azúcar cuando lo necesitaba.

Después de ciento ocho escalones —los cuales conté por aburrimiento mientras escuchaba la canción que silbaba mi madre—, llegamos a nuestro dulce hogar, o eso me decía mientras abría la puerta. No era tal y como me lo esperaba. El piso